

Entonces embriagado en el encanto
Del espléndido sol de tu belleza
Cubierta el alma de entusiasmo santo
Cantará tu hermosura y tu pureza.

Mas ¿qué puedo ofrecerte, estrella mía,
Si de triste ignorancia el denso velo

Nubla la luz escasa que radia
En las alas del génio al dar el vuelo?

Sublime estrella, acepta conmovida
Sin mirar de mi voz el desconcierto,
La mústia flor del tallo desprendida
De un árbol que vejeta en el desierto.

LAMENTO

Léjos del mundo de avanzar rendido
Por el desierto de mi amarga vida,
Desde el profundo golfo del olvido
Sale la voz de mi alma enternecida;
A Dios amparo en mi ansiedad le pido
Y en mi angustia la calma apetejada,
Y Dios no escucha en el dolor de un ciego
La febril queja, ni el ferviente ruego.

¡Ay! solo encuentro en mi fatal camino
Bajo mi planta abrojos punzadores.
El sol me niega su esplendor divino,
La luna y las estrellas sus fulgores;
No hallo del alba el manto purpurino,
Ni del pensil las delicadas flores;
No tiene el prado para mi verdura,
Ni las aves caporas hermosa.

¿Qué puedo hacer de mí? Si en tal quebranto
Solo tiene mi pecho hondos gemidos!
Mi alma tiene dolor, mis ojos llanto,
Y ayes mi corazón enardecidos;
Corre el tiempo veloz y hallo entretanto
Los segundos en siglos convertidos,
El aire que respiro arde en mi pecho
Y espinas hallo en mi doliente lecho.

Cuán triste me es pensar que yo he nacido
Solo á llorar la eterna desventura,
Que ya tan largo tiempo he resistido
Con los horrores de infernal tortura;
Y ni el grito de mi alma, dolorido,
Ni de mi triste queja la teruura
Alcanzan en la tierra ni en el cielo
Para mi horrible pena algun consuelo.

Tengo familia y tan enorme carga
Llevo sobre mis hombros, pobre y ciego,
Como la senda que atravieso es larga
Me devora inmortal desasosiego;
Toda sustancia me parece amarga,
Creo hallar en el agua vivo fuego,
Y con esta fatiga agonizante
Sigo sin descansar mas adelante....

Crece mis hijos y con labios mudos
El esplendor contemplan de la ciencia,
Sin que pueda romper los fuertes nudos
Que á la ignorancia ligan su existencia.
Cuando no tienen hambre están desnudos,
Nada para ellos puede mi asistencia;
Y así pasa la infancia en agonía
Buscando con su padre el pan del día

LOS ANDES

Si al levantar la andaz locomotora
Sobre los Andes su soberbia frente,
Allí desborda la copiosa fuente
De infinitas riquezas que atesora.

Reprimiendo su fuerza vencedora
Del horror y los males el torrente,
Al Perú lanzará su luz fulgente
De eterno día á la risueña aurora :

Ya al través de la dicha y del decoro
Propicio tiende con divina lumbre
El ángel de la paz sus alas de oro.

Y en el confin de la celeste cumbre
De Meiggs la palma espléndida resalta
Del sólio en torno fulgido de Balta.

MANUEL NICOLÁS CORPANCHO

Nació en Lima, el 5 de diciembre de 1830. Desde sus primeros años se consagró á la poesía.
En 1848, compuso un drama, *El poeta cruzado*, que fué calorosamente aplaudido en los teatros de Lima y Santiago de Chile.

En 1851, recibió su título de médico, y en 1852, partió para Europa.

En 1854, publicó en París un volumen de poesías con el título de *Ensayos poéticos*.

En 1853, publicó un nuevo drama: *El Templario*, que ha sido representado en varios teatros de América.

En 1860, fué nombrado ministro del Perú en Méjico, cuyo cargo desempeñó hasta 1863.

La última página de la vida de este poeta está escrita en el horrible incendio del vapor *Méjico*, en que se extinguió su vida material, para alcanzar la vida de la inmortalidad y de la gloria.

PENSAMIENTOS

EN UNA NOCHE TEMPESTUOSA

Espesos nubarrones se apiñan en el cielo,
Se cierra el horizonte con densa oscuridad,
Relámpagos destrozan del firmamento el velo,
Los vientos se desatan... ¡cayó la tempestad!

El mar enfurecido, soberbio se levanta.
Como Titan horrendo que lucha por romper
Las formidables vallas que la justicia santa
Por dominar su orgullo le quiso disponer.

Y ruga, y brama, y alza de su bullente seno
Montañas espumosas que en raudos tumbos van;
Absorbe en su rugido la voz del mismo trueno,
Y en música espantosa se junta al huracan.

Al huracan, que altivo sus alas ya desata,
Se cierne en las antenas del rápido bajel,
Y en impetu sonante copiosa catarata
Del cielo se derrumba cual llanto de Luzbel.

El mastil majestuoso profundamente cruje,
Los cables conmovidos resuenan con fragor,
Vorágine incesante bajo la quillá ruga,
Eléctricas corrientes derraman su fulgor.

Ni un astro que en el zénit benéfico aparezca,
Ninguna blanca nube que pueda consolar,
Cualquier espacio corto que al rayo resplandezca,
Allí los huracanes luchando con el mar.

No hay nada que nos hable con familiar lenguaje,
No hay nada que del mundo presente un rasgo aquí;
Todo es extraño, nuevo, deslumbrador, salvaje,
Fatídicos concetos que nunca comprendí.

Grandioso panorama, que aterra y que conmueve
Que eleva y robustece la voz del corazón;
Que el alma fortifica y el entusiasmo mueve
Con rasgos imponentes, con fuerte conmocion.

Escena majestuosa, que hasta otros hemisferios
Levanta el pensamiento mas pobre en el subir;
Lo envuelve en un océano de incógnitos misterios
Y altivas fantasías le obliga á concebir.

¡Maravilloso cuadro!... sediento de mirarte,
Jamás me ha contentado vulgar tranquilidad;
Mil veces en la popa pensaba desafiarte
Por ver tu aterradora, sublime majestad.

Porque una voz secreta del alma me decía
Que puedo tus escenas terribles comprender,
Que en medio á tus furores, altivo te vería,
Y aun fueran tus estragos raudal de mi placer.

Y hé aquí con que entusiasmo desordenar te miro
Los fieros elementos sujetos á tu voz,
Y en toda tu fiereza tan solamente admiro
La omnipotente fuerza del infinito Dios.

Por eso, aunque rebrame la voz de la tormenta;
Por eso, aunque retumba la voz del aquilon;
Estruendo mas tonante que el rayo que revienta,
Quisiera el conmovido, sediento corazón.

Desata tu grandeza; feroz, desencadena
Cuanto de mas bravío tú puedes abortar,
Los rayos y las olas mas fuertes desenfrena;
Muriendo puedes verme, pero me oirás cantar.

Triunfé de tu bravura, gigante de los vientos,
Venci tu poderío, pampero asolador;
Ya pasas... y no mueren los nobles pensamientos
Que en fúvido tumulto me elevan al Señor.

¿Con qué variado aspecto la gloria ve el cristiano
De aquel que dió á los mundos el giro con que van.
De aquel, que á un solo signo de su potente mano
Volver puede á la calma tan incesante afán!

Ayer en los celages variados de occidente
Las orlas de su manto radiante contemplé;
En el murmullo vago del bramador torrente
De su divino acento los ecos escuché.

De América le ostentan los bosques virginales;
Á sus nevados montes le pregunté por él,
Y el mar, y el firmamento, con rasgos colosales,
Ayer me lo mostraron en torno á mi bajel.

Le he visto confundido con mis hermosos sueños;
Mis padres me enseñaron á verle y aprendí;
Mas, aunque han sido cuadros sublimes ó risueños,
Jamás tan imponente le he visto como aquí.

Ahora, con agrestes é incógnitos acentos,
Con formidable fuerza, con tempestuosa voz,
Los rayos y los truenos, las olas y los vientos,
Solemnemente dicen ¡MORTALES, HAY UN DIOS!

Un Dios, que este desórden comprime y lo sujeta;
Que rige de su sólio la misma confusión,
Que en este cataclismo dá acentos al poeta,
Que mira en este caos la vida y creación.

No hay viento, á quien su rumbo no le haya señalado;
No hay ola, á quien no fije su fuerza y su furor;
Ni el rayo por sí solo flamijero ha bajado,
Ni solos apagaron los astros su fulgor.

Todo esto le obedece, todo esto á su albedrío
Sujeto eternamente con grado igual está;
Lo mismo le respetan los mundos que el vacío,
Los tiempos que pasaron y el tiempo que vendrá.

Los cielos y los mares señor le reconocen,
Los mismos huracanes le miran como rey,
Los círculos helados del polo le conocen,
La tempestad no tiene mas dueño que su ley.

¿Quién sabe si este estruendo tan hórrido y salvaje,
¿Quién sabe si esta enorme, constante agitacion,
Lo mismo que parece natura en su corage
Los órbes todos fueran rindiéndole ovacion?

¿Quién puede estas escenas extrañas á su gloria
Altivos desconciertos, intrépido, juzgar?
¿Á dónde está del hombre la refulgente historia,
Que asigne los misterios incógnitos del mar?

« ¿Quién puede envanecearse diciendo en su osadía:
Yo sé qué significa la calma y tempestad;
Distingo de los mares la queja y melodía;
Conozco cuando canta la excelsa majestad? »

¿El hombre, el hombre puede con tanto pensamiento,
Con tanto que ha llegado del arte á conseguir,
Alzar sin reverencia la frente al firmamento,
Y al huracan decirle : te mando ya morir?

¿Qué vale que á los astros descubra su camino?
¿Qué importa que las furias del mar pueda preveer?
¿Robándose los rayos conoce su destino?
¿Las olas contrastando sabrá si ha de vencer?

¿Tinieblas de la vida! ¿Misterios de la ciencia!
Que guardan las edades en urna funeral;
Secretos que revelan que habrá una inteligencia
Mas grande que la humana, mas alta que el mortal.

Que habrá otro ser mas noble que la mezquina arista
Que rey se considera de toda creacion,
Que habrá otro pensamiento que á todo lo que exista
Sorprenda en sus misterios, su muerte y formacion.

La fuerza de los sábios en todas las edades,
Arquímedes, Keplero, ¿qué fueron á encontrar?
¿Cópernico y Euclides con todas sus verdades
Un solo movimiento pudieron alterar?

¿Qué vale que en los siglos gigantes aparezcan,
Que muevan y dirijan la gran humanidad?
Anibal, Bonaparte ¿qué importa resplandezcan,
Si el mundo conmovieron sin darle una verdad?

¿Cuál es el pensamiento, cuál es la sola idea
Que escuelas y batallas llegaron á ofrecer?
¿El alma que en las ciencias, ó en lides se recrea,
Qué pudo en sus trabajos constantes comprender?

Lo mismo que en su libro naturaleza ofrece,
Lo mismo que aquí me habla con fuerza al corazón,
La imagen infinita que eterna resplandece
Rigiendo la grandiosa y excelsa creacion.

Acaso, sin su ayuda la frágil tabla fuera
De abismos en abismos rodando con fragor;
Si un ser que al navegante proteja no existiera,
¿Qué fuera en esta lucha su ciencia y su valor?

¡Ay! triste de la nave que al piélago lanzada,
Su arcángel no tuviera de salvacion y paz!
¡Ay! triste del marino que en mar alborotada
Un Dios omnipotente negar quisiera audaz!

¿Qué fuera bajo el ala del huracan rugiente
En medio á esta profunda, terrible oscuridad?
¿Qué fuera en la vorágin del piélago ferviente?
Molécula perdida en tanta inmensidad.

Mas, él le reconoce; vencida la tormenta
Secretamente el alma se acuerda de su fé,
Y entonces ni el conjunto funesto le amedrenta,
Ni vacilar un punto de su valor se ve.

¡Ya vuelven! ¿Cuál rebraman los vientos desatados!
¿Qué horrisono bramido! ¿qué aterrador bullir!
Rodando por los cielos los rayos inflamados
Con cárdenos reflejos alumbran al morir.

Los truenos retumbantes conmueven las esferas,
Copiosas cataratas despeñan su raudal;
Estrepitosamente las olas altaneras
Cual trombas desarrollan su manto colosal.

Y en tanto por los cables el bravo marinero
Las velas recogiendo que azotan el astil,
Se aferra al oscilante, gallardo mastelero,
Descuella en el mas alto, terrífico perfil.

Aligera la nave supera los furores,
Se mece, se conmueve con rígido vaiven,
Y va entre las espumas con saltos vencedores,
Cual ave que mirara las olas con desden.

De todo atormentada, de todo combatida,
Ni pierde en gentileza, ni pierde en majestad;
Y estando por el noto mas hórrido impelida,
Parece su elemento la misma tempestad.

¿Cuál es aquella nave que va tan vencedora,
Deshace, rompe, burla la furia del turbion,
Las olas mas altivas hollando con la prora
Y humilde obedeciendo la fuerza del timon?

¿Cuál es tan arrogante que así se enseñorea,
Que en medio de la noche no pide luz al sol?
¿De dónde es la bandera que expléndida flamea
Cuando á la popa baja suspensa del penol?

La nave afortunada se llama la Amazonas;
Ostenta la peruana bandera bicolor;

Los nautas que la guian merecen mil coronas
En premio á su constancia, su ciencia y su valor.

¡Miradlos! los que nunca los males arrostraron,
Distantes de las dichas de su paterno hogar,
Apenas el mandato del jefe meditaron
Ya cada cual quisiera tener el peor lugar.

¡Oh patria! si tus hijos con noble sentimiento
Tributo siempre puro rindiesen al honor!
¿Quién dice que te falta destreza, atrevimiento,
Para arrancarle al mundo jornadas de esplendor?

Mas ya tan numerosos los rayos no suceden
Y de una blanca estrella se goza ya la luz;
Los vientos y las olas humildemente cedén,
Se corre de los cielos el fúnebre capuz.

El mar embravecido se calma y se dilata,
El huracan recoge su manto colosal,
Y ostenta ya la luna su pértigo de plata,
Arcángel que interrumpe la lucha mas feral.

Y mengua, y pasa, y muere la universal contienda,
Y en todo otra vez reina placer, tranquilidad;
Y el hombre solo queda con alma que comprende
Porque cayó en la nada la horrenda tempestad.

¡Señor! si con mi acento los ecos imitara
Con que rugió imponente la voz del huracan,
En salmos eternos tu gloria celebrara
Y aun mas laurel tuviera que Homero y Ossian!

ARMONÍAS DEL TRÓPICO

Allá cuando las horas
Risueñas de la infancia
Sus alas desplegaban
Al puro corazón;
Cuando guardaba el alma
Su virginal fragancia,
Como recuerdo grato
De su primer mansión;

En los instantes bellos
Del alba de la vida,
Que aroma la inocencia
Y encanta la virtud;
Cuando se ve del mundo
La márgen florecida
Como el asilo santo
De la inmortal salud;

Quando le brinda á el alma
Para elevar su vuelo,
Sus alas la esperanza,
Su gran poder la fé;

Y quiere en sus arranques
Llegar al mismo cielo
Para alcanzar la palma
Que el porvenir le dé.

En esa edad hermosa
Do corre la existencia
Cual límpida corriente
Que baña gran vergel,
Y cruza retratando
Con móvil transparencia
Las flores de la orilla,
Su célico dosel;

Entonces se elevaron
De mi alma los cantares,
Como el incienso puro
Quemado en el altar,
Como la nube blanca
Que surge de los mares
Y pasa á otras regiones
Mas altas á buscar.

Las cuerdas de mi lira
Vibraron dulcemente;
Indefinible magia
Tuvieron sobre mí:
No sé qué vago anhelo,
Qué paz tan complaciente,
Con esas vibraciones
Armónicas senti.

¡Oh, músicas del alma
Jamás el bardo olvida
La conmoción profunda
Que tuvo en su niñez,
Cuando á las auras disteis,
Con rápida salida,
Vuestros efluvios dulces
Por la primera vez.

Mis fibras mas internas
Sentí se estremecieron;
Sus misteriosos senos
El alma descubrió,
Y las visiones íntimas
Del corazón surgieron,
Primicias de la vida
Que el bien santificó.

Las flores virginales
Abrieron sus corolas,
Meciéndose en los tallos
Con suave ondulacion:
Los mares aquietaron
La furia de sus olas,
Mi espíritu fué un canto
Y altar la creacion.

Todo era vibraciones,
Todo era melodías,
Corrientes armoniosas
Del himno universal,
Que elevan en constantes
Y acordes sinfonías,
Las hadas de los bosques,
Las silfas del raudal.

Mis notas infantiles
Se unieron al concierto,
Que glorifica siempre
La majestad de Dios;
Al salmo que levantan
Los mares y el desierto,
Con efusión solemne,
Con espontánea voz.

Mi corazón, entonces,
Como laud sonoro
Que vibra á cada toque
Que llega á recibir,

Unísono sus cuerdas,
Pulsaba con el coro,
Te Deum infinito
Que absorbe el porvenir.

Cantar era mi vida;
Mi amor la poesía;
Do quiera la encontrase
Le alzaba adoracion.
Enamorado culto
Fielmente la rendía,
Sus ritos respetando
Cual santa religion.

El sacerdocio augusto
Que el bardo desempeña.
Como eternal profeta
Ó atlético adalid,
Absorto hallé en la Biblia
Cuanto á la tierra enseña
El gigantesco tipo
Del inmortal David.

Mi pequeñez mostróme
Tan colosal figura,
Languideció la fuerza
De mi febril ardor;
Y el misero contento
Que mi laud murmura
Humilde di á las brisas
Por Dios y por mi amor.

Sin estas dos ideas
Que sin cesar me inspiran
Hubiera en el silencio
Buscado mi solaz:
Los ángeles son ellas
Que en estos cantos giran,
Sus alas extendiendo
Para guardar la paz.

Á Dios en mis cantares
Elevó mi plegaria,
Y en todos ellos brilla
Porque es mi aspiracion
El mas ferviente anhelo
Del alma solitaria
Y el infinito foco
De toda inspiracion

Mi bella glorifica
Mis débiles acentos,
Ofrenda miserable
Rendida á su beldad:
Recibe cariñosa
Mis pobres pensamientos,
Y es ángel que custodia
Mi triste soledad.

¡Maria! De mis trovas
Su nombre es el aroma;
Jamás otra belleza
Celebra mi laud;
Apenas en mi frente
La inspiracion asoma;
Fuí su cantor y firme
Seré hasta el ataud.

Un tiempo de epopeya
Feliz á los guerreros,
Mostraban los escudos
Los motes del valor;
Así descubre mi alma
Del canto los veneros
Y en ellos solo brilla
Mi religion, mi amor.

Aun no he mirado el cuadro
Feliz del Nuevo Mundo,
Sus prados y desiertos
De aspecto virginal,
Cuando ese teatro cruce
De inspiracion fecundo,
Será mi poesía
Veraz, tradicional.

Acaso logre un día
Mirar la cordillera,
Los ricos monumentos
Que alza Manco al Sol;
Vagar entre las selvas,
Subir á la pradera
Y ver donde Atahualpa
Dió el cetro al español.

¡Venid! venid en torno
Del trovador peruano,
Que, si no ofrece historias
Amor dá su cancion;
Si no respira el grato
Perfume americano,
La fé cristiana brota
De un virgen corazón.

Del Rimac son las flores,
Desnudas de fragancia,
Pero que el alma quiso
Con su cariño ungir.
¡Venid! tendreis los sueños
Hermosos de la infancia,
Las pobres *Armonías*
Del *Tropico* al oír.

Á CASTILLA

EN EL ÚLTIMO AÑO DE SU PRESIDENCIA

¡El pueblo te elevó! noble guerrero;
Defendiste en la lid su causa santa,
Y al ruido del cañon fuiste el primero
Que la bandera de la paz levanta.

El valor te ilumina, y justiciero
La patria libras de extranjera planta,
Y mas radiante en tu fulgor postrero
Cual SOL DE LIBERTAD tu luz encanta.

¡Hijo de las batallas! el destino
Sus bellas horas quiso reservarte,
Y el triunfo el ángel fué de tu camino.

¡Ilustre majistrado! tu estandarte
Fué la CONSTITUCION.... Mi frente inclino
Y uno al pueblo mi voz al saludarte.

Á UNA NIÑITA EN SU CUMPLEAÑOS

Dichosa tú, castísima paloma,
Que duermes en las hojas de tu nido,
Y tu blanco plumaje el colorido
De la mañana de la vida toma.

Apenas el abril, con suave aroma,
Cuatro veces el prado ha enriquecido
Y ya en tu pensamiento bendecido
La fulgurante luz del génio asoma.

Crece, como los lirios de la fuente,
Que en el ardor del riguroso estío,
Á la sombra se acogen de la palma;

Y así como en su cáliz esplendente
Guardan siempre una gota de rocío,
Pura en tu seno se conserve el alma.

LA HAMACA DEL JARDIN

Ya que su frente serena
La blanca luna ha mostrado,
Ven á dormirte á mi lado
En la hamaca del jardin.
Aquí al compás de las auras,
Que van meciendo las flores
Se sueñan dulces amores,
Mi adorado serafín.

Es grato entre la arboleda
Que besan los arroyuelos,
Mirar tus dulces ojuelos
Bañados de compasion;
Y al mecido de la hamaca
Ver flotando tus cabellos,
Y estampar en todos ellos
El beso de la pasion.

La buena tarde se ha abierto
Cayendo el sol á Occidente:
¡ Hermosa! tu alma inocente
Abre así á mi puro amor;
Y entonces verás cuan grato
Bajo la espesa enramada
Es gozar, enamorada,
Del perfume de la flor.

¡ Ven! no tardes; nuestra frente
Acaricia el manso viento
Y este blando movimiento
Dulce sueño presta al fin.
Y al olor del chirimoyo,
Bajo el plátano acogida,
Quiero verte adormecida
En la hamaca del jardin.

LUÍS BENJAMIN CISNEROS

Nació en Lima el 21 de julio de 1837.
En 1852, vieron la luz pública sus primeros ensayos literarios.
Cisneros no solo se ha dedicado al cultivo de la poesia lirica, sino que ha contribuido en mucho al lustre de la poesia dramática de su patria.
Consagrado á la carrera diplomática, llegó á ser jefe de seccion del Ministerio de Relaciones Exteriores; de donde salió en 1860, para ocupar el consulado del Perú en el Havre.
Además del drama *Alfredo el Sevillano* y la alegoría *El Pabellon peruano*, ha dado á luz dos novelas, *Julia, ó Escenas de la vida de Lima*, y *Edgardo, historia de un jóven de mi generacion*, que han correspondido al buen nombre y reputacion de su autor, y un libro estadístico, *Ensayo sobre las cuestiones económicas del Perú*.

A LENALAH

Si alguna vez en el campo
Fuiste, niña encantadora,
Á ver de la azul aurora,
El sereno despertar;
Viendo la tierra inundada
De luz, de vida, de aromas,
No te sentiste tentada
De arrodillarte y orar?

Cuando en lecho de jacintos
Se alza el alba y las montañas,
Campos, torres y cabañas
Va inundando su esplendor;
Cuando aun brilla solitario
Del crepúsculo el lucero
Y suspira el valle entero
De paz, de dicha, de amor:

Cuando mas azul y puro
Vá haciéndose el horizonte,
Y la cúspide del monte,
Bañan rayos de zafir;
Cuando á la luz, que en el eter
Lentamente se derrama,
Se abre al fin un panorama
Que el ojo puede medir;

Cuando las aguas dormidas
De los lagos se estremecen
Al primer rayo, y parecen
Acariciarlo al pasar;
Cuando en las pintadas flores
Brilla y se mece el rocío,
Y cual ola de colores,
Se ven las aves cruzar;

Cuando la mirada absorta
En derredor se pasea
Y allá el monte, aquí la aldea
Reconociéndose vá;
Allí el triste cementerio
De un blanco cerco rodeado;
Aquí la cuesta, acá el prado;
La cruz del camino allá;

Cuando á la mansa corriente
De humilde y escaso rio
Que cubre un ruinoso puente
Grupos de mujeres van;
Y á la puerta de la choza
La oracion de mañana
Al niño enseña la anciana
Con tierno, cristiano afan.

Cuando del monte esparcidos
Se ven en la verde falda,
Anfiteatro de esmeralda,
Pintadas reses pacer;
Cuando el pescador del rio
Ata á un tronco su barquilla,
Y en las piedras de la orilla
Va sus redes á tender;

Cuando los rudos pastores
En sus carros por las calles
De la aldea y por los valles
Comienzan á atravesar,
Y los niños y mujeres
Van á alzar una plegaria
En la iglesia solitaria,
Pobre y triste del lugar;